

**PATRIARCADO: DEL BORDE AL CENTRO.  
DISCIPLINAMIENTO, TERRITORIALIDAD Y CRUELDAD EN LA  
FASE APOCALÍPTICA DEL CAPITAL**

Rita Laura Segato

**La historia de la esfera pública es la historia del Patriarcado.**

La intervención colonial, del pasado y del presente, en lo que he llamado “el mundo aldea” (Segato 2015-a y b) ha terminado por “minorizar” todo lo que respecta a las mujeres. La palabra “minorización” que utilicé conjuga una serie de aspectos que afectan la representación de las mujeres y de la posición femenina, con sus predicados, en el pensamiento de la sociedad: minorizar alude aquí a tratar a la mujer como “menor” y también a arrinconar sus temas al ámbito de lo íntimo, de lo privado, y, en especial, de lo particular, como “tema de minorías” y, en consecuencia, como tema “minoritario”.

Esas dimensiones todas están vinculadas al tránsito de nuestras sociedades, de los pueblos que habitan los territorios nacionales de nuestro continente, a la modernidad, siempre colonial. Este tránsito fue primero impulsado por el proceso de la conquista y la colonización conducido por la metrópoli ultramarina, y posteriormente por la administración del Estado construido por las élites criollas. Sin temor a equivocarnos, este proceso también puede ser descrito como “criollización”.

Ese tránsito a la colonialidad-modernidad interventora en la vida del mundo-aldea, esa expansión del frente estatal-empresarial-mediático-cristiano, que se amplía vertiginosamente en el presente, tiene un impacto masivo en las relaciones interpersonales y en la organización de las relaciones de género en las sociedades que permanecen regidas por patrones comunitarios y colectivistas de convivencia o en las cuales todavía puede ser encontrado el tejido comunitario, si no ileso, por lo menos reconocible y vital, y que a su paso integra a la masividad de la “ciudadanía” nacional. Defiendo aquí que comprender las transformaciones del “sistema de género”, la historia de la

estructura patriarcal arroja una luz indispensable para entender el giro social introducido por la modernidad como un todo. Si leemos adecuadamente lo que ese tránsito significó y la forma en que la intervención reacomodó y perjudicó las jerarquías preexistentes, comprenderemos una cantidad de fenómenos del presente que afectan a toda la sociedad y que están muy lejos de constituir apenas “el problema de la mujer”.

En concordancia con esta propuesta está mi permanente insistencia en que los feminismos así como todos los otros frentes del movimiento social cometen un gran equívoco tanto político como epistemológico o, en otras palabras, un error teórico-político de inestimables consecuencias negativas al guetificar sus temas, tanto en el campo del análisis como en el campo de la acción. Como he afirmado en *Las Estructuras Elementales de la violencia* (Segato 2003), es en los “géneros” que se traviste una estructura subliminal, en sombras, que es la relación entre posiciones marcadas por un diferencial de prestigio y de poder. Ese cristal jerárquico y explosivo se transpone en la primera escena de nuestra vida bajo las formas hoy maleables del patriarcado familiar, y luego se transpone a otras relaciones, que organiza a imagen y semejanza: las raciales, las coloniales, las de las metrópolis con sus periferias e interiores, entre otras. En ese sentido, la primera lección de poder y subordinación es el teatro familiar de las relaciones de género, pero como estructura la relación entre sus posiciones se replica *ad infinitum*, y se revisita y ensaya en registros del diferencial de poder y valor de los más diversos.

El mundo que el frente colonial y más tarde colonial-estatal interviene, invade, es un mundo en el que los géneros ocupaban dos *espacios* diferentes de la vida social. En ese sentido, como se ha dicho muchas veces: la estructura de ese mundo era *dual* y conducida por una reciprocidad férrea vinculante. Lo dual es una de las variantes de lo múltiple, y entre los términos de una dualidad hay tránsitos y es posible la conmutabilidad de posiciones. En el mundo dual, ambos términos son ontológicamente plenos, completos, aunque puedan mantener una relación jerárquica. No hay englobamiento: el

espacio público, habitado por los hombres con su tarea, la política y la intermediación – los negocios, la parlamentación y la guerra -, no engloba ni representa el espacio doméstico, habitado por las mujeres, las familias, y sus tareas.

En esa atmósfera colectiva y comunitaria no hay englobamiento, no hay sujeto universal, hombre con H mayúscula catapultado por el humanismo colonial-moderno a la posición de Sujeto Universal, ni enunciados de valor general capaces de representar a todos. No hay tampoco un *referente universal* de lo que se define como humano, ni *equivalente universal* del valor que permita mercantilizar el hábitat o volver negociable el nicho territorial y su paisaje. Cada naturaleza es irreductible a la otra. Pero las personas pueden transitar entre las posiciones así dadas, como naturalezas, y transmutarse. Ese mundo es *trans* en muchos sentidos.

Esa estructura dual pasa a ser capturada y reformateada por el binarismo colonial que se impone. La estructura *binaria* resulta de la captura moderna de la dualidad recíproca del mundo aldea. En el mundo binarizado de la modernidad, el otro del Uno es destituido de su plenitud ontológica y reducido a cumplir con la función de *alter*, de *otro* del Uno como representante y referente de la totalidad. Este papel de *otro* –femenino, no-blanco, colonial, marginal, subdesarrollado, deficitario- como han mostrado Edward Said y una generación entera de teóricos postcoloniales, pasa a constituir-se en la condición de posibilidad del *uno* - sujeto universal, humano generalizable, con H. Su tributación, la dádiva de ser que de él se extrae, fluye hacia *el centro*, plataforma del *sujeto humano universal*, lo construye y lo alimenta.

Descrito aquí de forma muy compacta, es éste el proceso de emergencia de la *esfera pública* o, mejor dicho, la forma en que, en el proceso histórico, lo que fue un *espacio público* o *dominio masculino* en el mundo comunitario, mutó en la *esfera pública* o *dominio universal*. Como vemos, la historia y constitución de la esfera pública participa y se entrama con la historia del

propio patriarcado y su mutación estructural a partir de la captura colonial-moderna. Visto de esta forma, la historia de la esfera pública o esfera estatal no es otra cosa que la historia del género. Esa esfera pública, o ágora estatal, se transformará en el locus de enunciación de todo discurso de valor político. En otras palabras, secuestrará a partir de ahora *la política* y, al decir eso, decimos que tendrá el monopolio de toda acción y discurso que pretenda adquirir el predicado y el valor de impacto de la politicidad.

En razón de su historia, a la que acabo de referirme de forma muy condensada, el sujeto natural de esa *esfera pública*, heredera del *espacio político* comunitario de los hombres, será, por marca de origen y genealogía, *masculino*; hijo del proceso colonial y, por lo tanto, *blanco*; además de sus otras cualidades muchas veces destacadas por las juristas feministas: *propietario, letrado y... pater-familiae* - describirlo como "heterosexual" no es adecuado, ya que de la sexualidad propiamente dicha del *patriarca* sabemos muy poco.

Nos interesa aquí destacar que, a pesar de todas esas cualidades francamente particulares, lo que el sujeto de esa esfera enuncia es, a partir de ahí, considerado como teniendo *valor universal e interés general*. A partir de ese momento, ocurre una caída abrupta del otro espacio, el doméstico, habitado por las mujeres y sus tareas. Ese espacio, antes subordinado en prestigio pero ontológicamente completo en sí mismo, es ahora defenestrado y colocado en el papel residual de *otro* de la esfera pública: *desprovisto de politicidad*, incapaz de enunciados de valor universal e interés general. *Margen*, verdadero *resto* de la vida pública, es inmediatamente comprendido como *privado e íntimo*. Cuando quiera expresarse, tendrá que travestirse para *hablar en público*. En el mundo-aldea, en la comunidad no intervenida o escasamente intervenida por la intrusión colonial-moderna, *lo doméstico nada tiene de privado o de íntimo*.

Esa construcción colonial moderna del valor residual del destino de las mujeres es que necesitamos desmontar, contrarrestar y reencaminar, porque

es de este esquema binario y *minorizador* que se derivan y también se expresan los males del presente que afectan a la sociedad como un todo. Porque los males que la mujer padece, en las violencias cotidianas de la casa y de la guerra en sus formatos contemporáneos son el termómetro que permite diagnosticar los tránsitos históricos de la sociedad como un todo. En ese sentido podemos reclamar la restitución de su plenitud ontológica y su capacidad de hablar al interés general. En los setenta lo intentamos diciendo “lo privado es político”, que fue la consigna feminista de entonces y que en el presente nos lleva a la lucha por leyes y políticas públicas sin que consigamos llegar muy lejos por ese camino -porque quizás no fuese la mejor de las ideas, como Foucault notó tempranamente, bregar para que el ojo del panóptico nos alcance en casa y aspirar a tener un abogado en la almohada, como resultó en el modelo norteamericano. Quizás, entonces, ese camino no fue el más interesante ni el que arrojó los mejores resultados, porque la realidad expropiadora y violenta del género no cedió en lugar alguno.

Ensayar, por lo tanto, un gesto de desconfianza con relación a la esfera pública, por su estirpe apenas disimulada, y tratar de visualizar un nuevo tránsito que sea capaz de desmontar el *Uno universal* que ella instaura y, al hacerlo, pluralice los mundos, es un camino promisor. Pues ese sujeto *uno* de los enunciados de valor universal e interés general, en su lecho binario y autoreferido, no es otro que el de la mala ruta de las democracias del presente en nuestro continente que peligrosamente se encaminan hacia la dictadura de las mayorías. Una democracia que no tenga como su deontología irreductible la defensa del pluralismo no será democracia, aunque represente la voluntad mayoritaria. ¿Por qué? Porque su polo conductor será esa esfera, arquitectada por una estructura binaria donde las variedades de sujetos diferenciados y minorizados – as mujeres, los jóvenes y niños, los negros, los indios y todos aquellos practicantes de modalidades no normativas de la sexualidad, etc. - pasan a ser alteridades y anomalías del *Uno* en el imaginario colectivo, y deben realizar un esfuerzo de travestismo para hablar en el idioma de la política, ahora secuestrada por el campo estatal- incómodas

anomalías que encarnan “el problema del *otro*”, que es y nunca puede dejar de ser *el problema de la colonial modernidad*.

**Disciplinamiento y Pedagogía de la Crueldad: el carácter funcional del patriarcado colonial-moderno de alta intensidad con respecto al proyecto histórico del Capital en su fase apocalíptica.**

La privatización, minorización y transformación de los asaltos letales contra las mujeres en “problemas de interés particular”, “temas de minorías” es consecuencia de ese tránsito del patriarcado de la parcialidad masculina en el mundo comunitario al patriarcado colonial-moderno de alta intensidad. El efecto de la minorización es sentido, por ejemplo, en la forma en que feminicidios y crímenes homofóbicos tienen un valor residual, casi apenas un espectáculo, como pauta jurídica y mediática. Al mismo tiempo que las feministas nos curvamos a tratarlos como *temas del gueto*. Mientras de esta forma se pasa por alto que todas esas violencias a “minorías” no son otra cosa que el disciplinamiento que las fuerzas patriarcales nos imponen a todos los que habitamos ese margen de la política. Todos son crímenes del patriarcado colonial-moderno de alta intensidad, contra todo lo que lo desestabiliza, contra todo lo que contra él conspira, contra todo lo que se desliza hacia fuera de su égida, con las varias estrategias y tácticas diarias con que muchos de nosotros nos deslizamos y escabullimos de la vigilancia patriarcal, le desobedecemos. Expurga de esa forma todo lo que no le concede el reconocimiento debido a su forma de estructurar y disciplinar la vida, a su forma de habilitar y naturalizar un camino de asimetrías y dominaciones progresivas.

Por otro lado, y éste es el centro de mi argumento aquí - apenas esbozado por lo exiguo del espacio-, si observamos los crímenes contra las mujeres que marcan el presente y les buscamos entender qué expresan, qué dicen y qué ocasionan, podremos observar su gran vínculo con la fase histórica que atravesamos como sociedad. Así como comprender la historia del patriarcado es entender la historia del estado, la historia de la esfera pública, de la misma

forma y en el centro de todas las cuestiones, entender las formas de la violencia de género hoy es entender lo que atraviesa la sociedad.

Si tuviéramos que construir una alegoría gráfica, pictórica, del mundo hoy, en esta modernidad avanzada, la alegoría sería una de esas pirámides invertidas que forman los acróbatas en los circos, donde una a una se van superponiendo hileras de equilibristas hasta armar un edificio completo de gente a duras penas superpuesta, pies sobre cabezas, estrato sobre estrato, pero allá abajo, en la fundación, en la base de la pirámide, yacería, sustentando el edificio todo, un cuerpo de mujer. Muchas veces me imagino esa estructura, porque me parece ser lo único capaz de explicar por qué permanece imposible algo que a simple vista se presenta tan sencillo de realizar como retirar a la mujer de la posición de subordinación en que se encuentra, castigada, subyugada, agredida, impedir que continúe siendo violada, traficada y esclavizada por la trata, cosificada y desmembrada por el ojo del lente mediático. No sería una tarea difícil, bastarían unas pocas acciones, unas pocas medidas, intervenciones puntuales ni muy complicadas. Pero por alguna razón *no se puede. Se presenta imposible.* Nunca hubo más leyes, nunca hubo más clases de derechos humanos para los cuerpos de seguridad, nunca hubo más literatura circulando sobre derechos de la mujer, nunca hubo más premios, y las mujeres continuamos muriendo, nuestra vulnerabilidad a la agresión letal y a la tortura hasta la muerte nunca había existido de tal forma, nuestro cuerpo nunca fue antes tan controlado e intervenido -veamos, por ejemplo, la vigilancia sobre el aborto que, sintomáticamente, nunca fue un tema de acalorada discusión como lo es hoy, en la modernidad avanzada.

Al pensar el tema desde esa perspectiva, al sospechar que su victimización cumple allí con la función de proveer el festín en que el poder se confraterniza y exhibe su soberanía, discrecionalidad y arbitrio, entendemos que algo muy importante debe seguramente depender, apoyarse, en esa destrucción constantemente renovada del cuerpo femenino, en el espectáculo de su subyugación, en su subordinación de escaparate. Algo central, esencial,

fundacional, para el “sistema” debe ciertamente depender de que la mujer no salga de ese lugar, de ese papel, de esa función.

Desmontar la minorización del tema equivale a aceptar que, si entendiéramos la formas de la crueldad misógina del presente, no solamente entenderíamos lo que está pasando con nosotras las mujeres y todos aquéllos que se colocan en la posición femenina, disidente y *otra* del patriarcado, sino que también entenderíamos lo que le está pasando a toda la sociedad. Los indicios muestran que se trata de un edificio cuyo material está formado por la amalgama de las corporaciones y el Estado; por alianzas de todo tipo entre actores corporativos, lícitos e ilícitos o de ambas cualidades a la vez, y agentes de gobierno; por razones que se invocan como “razones de Estado” y son, en verdad, “razones de empresa”. De algo tengo certeza: para pensarlo, tenemos que retirar del gueto el problema de la mujer, pensarlo entrelazado como cimiento y pedagogía elemental de todas las otras formas de poder y subordinación – la racial, la imperial, la colonial, la del as relaciones centro periferia, la del eurocentrismo y las otras civilizaciones, la de las relaciones de clase.

En un mundo en el que aproximadamente la mitad de la riqueza se encuentra concentrada en manos del 1% de sus habitantes y la otra mitad en el restante 99%, en el que 62 personas son dueñas de riqueza igual a la que posee la mitad más pobre del planeta, en el que 1% de la población de los Estados Unidos es dueña de la totalidad de la tierra utilizable de ese inmenso país y apenas nueve familias son propietarias de toda la extensión de la costa marítima chilena, en el que el correlato de la financierización del capital es la más contundente de todas las formas de propiedad: el acopio, la concentración de la tierra en pocas manos, el neo-rentismo y la patrimonialización creciente de la gestión estatal, ya no podemos hablar de mera desigualdad, como hacíamos en los años 70s, sino que el tema hoy es la *dueñidad*, en el sentido muy preciso de que el pequeño grupo de los propietarios son dueños de la vida y de la muerte en el Planeta, y sujetos discrecionales y arbitrarios de un poder nunca conocido anteriormente, que

vuelve ficcional la idea de democracia y de república. En este nuevo mundo, la noción de un orden del discurso estructurado por la *colonialidad del poder* se vuelve insuficiente, y de ese patrón emerge, nuda y cruda, la práctica del barrido de los pueblos de los territorios de ocupación tradicional o ancestral. De la colonialidad se consuma un retorno a la *conquistualidad*, sin los amarres o arrestos que por lo menos en alguna medida y en algunos casos la presencia de la Iglesia le impuso a la avidez colonial (Gott 2002).

En este contexto histórico, la compasión, la empatía, el arraigo local y comunitario, y todas las devociones a formas de lo sagrado capaces de sustentar vínculos colectivos sólidos operan *en disfuncionalidad con el proyecto histórico del capital*, que desarraiga, globaliza los mercados, rasga y deshilacha los tejidos comunitarios donde todavía existen, se ensaña con sus jirones resistentes, nulifica las marcas espaciales de cuño tradicional sagrado que obstaculizan la captura de los terrenos por el referente universal monetario y mercantil, impone la transformación de *oikonomias* de producción doméstica y circuitos de mercadeo local y regional en una única economía global, introduce el consumo como meta antagónica por excelencia con respecto a las formas de felicidad vincular de la vida comunitaria. Debe ser por eso que una estrategia central de las guerras contemporáneas, guerras ya no entre Estados, guerras de un alto grado de informalidad, en América Latina y Medio Oriente, es la estrategia de la profanación (Segato 2014; Kaldor 2012).

Considero que Chile y Qatar proporcionan los dos modelos que exponen las tendencias de la presente fase – apocalíptica- del proyecto histórico del capital. Chile, con la aplicación ortodoxa de la receta de Milton Friedman, que conduce a un régimen societario regido por el mercado. La tristeza que impregna la sociedad chilena es frecuentemente asociada por la propia gente al efecto de *precariedad* que ese modelo le imprime a la vida, en un sentido del término precariedad que lo desvincula de la idea de pobreza o carencia, para significar con precisión *precariedad de la vida vincular*, destrucción de la solidez y estabilidad de las relaciones que arraigan, localizan y sedimentan

afectos y cotidianos. La experiencia de intemperie y desprotección se apodera así de una nación. Qatar, por otro lado, epitomiza el fenómeno de un gobierno de propietarios, y la extensión territorial de la nación se confunde con la idea de un inmueble. La abstracción estatal no existe, y el estado es neta y literalmente patrimonial. Un estado de dueños. En América Latina, el patrimonialismo constitutivo de las repúblicas criollas corre un serio peligro de *qatarización*. La reprimarización de la producción, la megaminería, la agricultura extractivista son los correlatos del régimen absolutista de mercado y de la fusión del poder político con la *dueñidad*, de allí resulta la agresión al ser humano y a su medio en forma extrema, sin dejar más que restos al final. Intemperie progresiva de la vida, mercadeo de todo y reserva de seguridad exclusiva para los propietarios y los controladores de los mecanismos de estado. Radicalización del despojo, etnocidio, genocidio y *conquistualidad*.

La crueldad para tanto se ensaya y practica, se entrena, en la saña destemida e impune aplicada sobre el cuerpo de la mujer y de los jóvenes, como en Ayotzinapa – cuerpos que no representan al antagonista bélico, sujetos que no corresponden al soldadito de la corporación armada enemiga. El terror de Estado de las dictaduras ha dejado paso a un terror difuso que se instala capilarmente en la sociedad. Hablé de *las nuevas formas de la guerra* que, en nuestro continente, son guerras represivas o guerras mafiosas, o quizás más exactamente un mixto entre ambas, como un golpe que nos llega desde otro lugar, desde una “segunda realidad” (Segato 2014), y creo ser posible hablar de una nueva forma del terror asociada a lo que he llamado aquí “intemperie” y que no sería otra cosa que un limbo de legalidad, una expansión no controlable de las formas para-estatales del control de la vida. La constatación, para muchas personas, de que el control estatal y la protección del Estado, así como las leyes republicanas son, y quien sabe han sido siempre, una ficción, “un sistema de creencias”, una fe proveedora de una gramática estable para la interacción social y los límites de la conducta humana. Es posible que las dictaduras hayan terminado cuando ya habían preparado el terreno para las nuevas formas del terror. Ya no un terror de

Estado, sino un entrenamiento para llevar la existencia sin sensibilidad con relación al sufrimiento ajeno, sin empatía, sin compasión, mediante el gozo encapsulado del consumidor, en el individualismo productivista y competitivo de sociedades definitivamente ya no vinculares.

Defendí por mucho tiempo la separación de los feminicidios íntimos de los feminicidios públicos, bélicos. Hoy la lección de la guerra informal, para estatal, en sus varias formas, ha entrado en las casas, y el umbral de sufrimiento empático se ha retirado. En Guatemala la guerra dejó una secuela de hogares indígenas y campesinos ultra-violentos –atención: no fue al contrario, como sostiene un cierto pensamiento feminista eurocéntrico y colonial, es decir, la violencia sexual y feminicida no pasó de los hogares a la guerra interna, su derrotero fue el inverso. En los días de hoy, como demuestran una serie de casos en todo el continente, el crimen íntimo pasa a tener características de crimen bélico: la desova de la víctima al aire libre, en las zanjas, basurales y alcantarillas, la espectacularidad de los asesinatos, que han pasado a perpetrarse en lugares públicos. También hablan de ese terror difuso las ejecuciones sumarias, extrajudiciales y a manos de agentes estatales, que aumentan cada día en América Latina sin explicación, agrediendo la lógica, la gramática que permite tener una expectativa estabilizada de mi relación con los otros.

Es por todo esto que podemos aventurar que, si cada época tiene una personalidad modal, funcional a su fase propia de relaciones económicas - histeria para la revolución industrial, esquizofrenia con su delirio en la expresión artística del modernismo - la psicopatía se presenta hoy como la personalidad modal. La personalidad psicopática parecería ser hoy la estructura de personalidad más adaptativa para operar de forma funcional en el orden de la fase apocalíptica del capital. El perfil psicopático, su inaptitud para transformar el derrame hormonal en emoción y afecto, su necesidad de ampliar constantemente el estímulo para alcanzar su efecto, su estructura definitivamente no-vincular, piel insensible al dolor propio y, consecuentemente y más aún, al dolor ajeno, enajenamiento,

encapsulamiento, desarraigo de paisajes propios y lazos colectivos, la relación instrumental y cosificada con los otros, parece lo indispensable para funcionar adecuadamente en una economía pautada al extremo por la deshumanización y la ausencia de límites para el abordaje rapiñador sobre cuerpos y territorios, dejando solo restos. Es así que una *pedagogía de la crueldad* se presenta como el criadero de personalidades psicopáticas funcionales a esta fase apocalíptica del capital.

Buscaba, al concluir este breve ensayo, un ejemplo que pudiera, si no comprobar, por lo menos permitirme argumentar mi idea del abrupto decrecimiento de la empatía en concordancia y funcionalidad con una época. Recordé un clásico del cine británico que indica que mi apuesta puede ser acertada. Se trata de *La Naranja Mecánica*, película de 1971, precedida por la novela homónima de Anthony Burgess, inspirada por la violación por soldados americanos sufrida por la esposa del autor en Londres durante la Segunda Guerra. *La Naranja Mecánica* dirigida por Stanley Kubrick y actuada de forma inolvidable por Malcolm McDowell, fue una de las películas más censuradas de la historia del cine en una variedad de países, inclusive en la propia Inglaterra. En ella se suceden escenas de golpizas, violaciones, asesinatos y un feminicidio. Alex, el personaje central, pasa de la total ausencia de empatía como victimario a un estado de empatía y vulnerabilidad al sufrimiento ajeno, logrado por medio de un tratamiento psiquiátrico experimental, que lo transforma en víctima. No hay posición intermedia. Pero lo más extraordinario del caso es, 40 años después de su estreno y como el propio McDowell ha reconocido (2009), la impresionante desaparición de aquel espanto con que los públicos recibieron esta obra, claro indicio de la naturalización de la personalidad psicopática y de la violencia, en especial de la violencia contra la mujer, secuencia central de *La Naranja*. Se trata de un signo incontestable del proceso de los tiempos y del modo de vida que se ha impuesto en el capitalismo tardío, en que el sufrimiento y la agresión al cuerpo de las mujeres, y la banalización o naturalización de esa violencia, es un termómetro de la empatía decreciente adaptativa a las formas de explotación vigentes.

## Bibliografía

Gott, Gil 2002 "Imperial Humanitarianism: History of an Arrested Dialectic", in Hernández-Truyol, Berta Esperanza(ed.) *Moral Imperialism: A Critical Anthology*. New York: New York University Press

Kaldor, Mary 2012 *New and Old Wars. Organized Violence in a Global Era*. Cambridge, UK: Polity Press (3er. Edition)

McDowell, Malcolm 2009  
<http://www.vadecine.es/vadecine2/dossier/entrevistas-mainmenu-34/17-entrevista/1423-malcolm-mcdowell-desgaja-la-naranja-mecca>

Segato, Rita Laura 2013 *Las Estructuras Elementales de la Violencia*. Buenos Aires: Prometeo (2ª. Edición)

\_\_\_\_\_ 2014 *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el árbol

\_\_\_\_\_ 2015 a: "Género y Colonialidad", in Segato, Rita: *La Crítica de la Colonialidad en ocho ensayos*. Buenos Aires: Prometeo

\_\_\_\_\_ 2015 b: "El sexo y la norma", in Segato, Rita: *La Crítica de la Colonialidad en ocho ensayos*. Buenos Aires: Prometeo